



creo en el **Espíritu Santo** y en lo que el **Espíritu Santo** actualmente realiza, estaba en condiciones de responder: “**Sí, creo**”, porque lo tiene experimentado.

Cuando el mensaje de Jesús llegó por primera vez a sus oídos, ya conocía a la **santa iglesia católica**, como instrumento de la salvación que Dios quiere sacar adelante a lo largo de la historia y que ahora le alcanzaba también a él.

Luego fue experimentando la comunión de los santos, como anticipo real de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano. Pudo comprender lo que significaba el perdón de los pecados por la nueva libertad con que él mismo empezaba a vivir y a actuar: **el Espíritu que le reconciliaba con Dios no era un espíritu de esclavos sino de hijos**.

Si es verdad que no había visto resucitar a ningún muerto, también lo es que él se sentía renacer por obra y gracia del quien es “**Señor y dador de vida**”. Y, puesto que la fuerza del **Espíritu** es imparable, estaba seguro de que la salvación, que ahora ya disfruta, alcanzará su plenitud y durará para siempre.

Esta era, sin duda, la experiencia de quien era iniciado de mayor a la vida cristiana.

2.- El Espíritu conocido de oídas.

Quienes hemos sido iniciados de pequeños, no es seguro que tengamos una experiencia semejante. Por desgracia, la educación cristiana recibida en la propia familia y en la catequesis de la comunidad no han logrado -si es que lo han pretendido- familiarizarnos con el **Espíritu Santo** y con la acción, tantas veces ignorada, que en todo caso va realizando en nosotros, en la Iglesia, en el mundo.

Y, sin embargo, a todos no preguntan en serio por nuestra fe en el **Espíritu Santo** cuando, en la Noche de Pascua, renovamos nuestros compromisos bautismales.

Las dificultades que tantos cristianos encuentran para que su fe en el **Espíritu Santo** sea más viva, muchos las achacan a que el **Espíritu Santo** les ha sido presentado de modo muy abstracto. Como si la afirmación: “**Creo en el Espíritu Santo**” fuese un puro enunciado teórico sobre la tercera Persona de la Trinidad, reservado a teólogos que se dedican a explicar lo inexplicable. También suele decirse que las imágenes que emplea la Biblia para referirse al **Espíritu de Dios**, no ayudan a pensar con una relación personal. (¿Cómo relacionarse con el viento o con el fuego como una persona?) Quizá la razón sea más profunda.

3.- El Espíritu indispensable para el tiempo presente.

La vida cristiana ha consistido para muchos en un esfuerzo por apropiarse -cuanto más mejor- los meritos que Jesucristo nos ganó muriendo en la cruz, para obtener así una salvación ultraterrena.

Contaba **el pasado** (por eso la piedad popular conoce y hasta inventa los detalles más emotivos de la vida histórica de Jesús) y contaba **un futuro** espiritualizado en el cielo, para el que, a falta de información más cierta, se imaginaba toda suerte de bienes espirituales ¡y corporales! Pero el tiempo presente, en el que discurre la vida cristiana, y el mundo, en el que los cristianos se afanan junto con los demás hombres, no se tomaban en serio.

No eran más que un pretexto -una circunstancia, una ocasión- para hacer buenas obras y ganar el cielo. Así se entiende que no se echara de menos al **Espíritu Santo**, que el Señor resucitado prometió y dio a los suyos para el tiempo y los afanes presentes, entre su resurrección y su segunda venida en majestad.

Si no nos familiarizamos con el **Espíritu Santo**, si no reconocemos su acción, la última parte del Credo se nos convierte en un índice de temas: **la Iglesia se nos quedará reducida a una organización folclórica, la comunión de los santos será una teoría inútil, el perdón de los pecados un objetivo inalcanzable, el compromiso cristiano una rivalidad política y la vida eterna no será más que un mito.**

